

— Ruega á tu Dios que Ligia no muera de la fiebre, porque, si vive, la *Virgo Magna* exigirá que la pongan en libertad al sacarla de la cárcel. La Augusta ha ido personalmente á rogárselo.

Vinicio le dirigió una mirada febril y contestó:

— La liberará Cristo.

Popea, que para salvar á Rufo hubiera ofrecido hecatombes á todos los dioses del universo, se encaminó poco después á la morada de las vestales, situada en el Foro, confiando el enfermito á los cuidados de la fiel Silvia, que habia sido su propia nodriza. Pero en el Palatino se habia decidido ya de la suerte del inocente Rufo, y, apenas la Augusta hubo pasado el soberbio arco de ingreso del Palacio Imperial, entraron dos libertos del César en la habitación donde el niño yacia. Arrojándose uno sobre la anciana Silvia le tapó la boca, mientras el otro cogia una pequeña esfinge de bronce y con ella le daba un golpe que la dejó exánime. Luego se acercaron entrambos á la cama de la tierna criatura, la cual, sin poder por su estado darse cuenta de lo que acontecia en torno suyo, sonreía, entreabriendo sus hermosos ojos, como si hiciera esfuerzos para reconocer á los libertos. Pero éstos, con el cinturón de la nodriza estrangularon al niño, sin darle tiempo más que para llamar una sola vez á su madre con grito desgarrador. Y acto continuo envolvieron el cadáver en un lienzo, colocaronlo sobre un caballo ya dispuesto al efecto, y á galope tendido lo llevaron á Ostia, donde lo arrojaron al mar.

Popea no encontró á la *Virgo Magna*, porque con las demás vestales se hallaba en un banquete en casa de Vatinio. Regresó al Palatino, y al ver vacío el lecho en donde habia dejado á su hijo y en el suelo el helado cuerpo de Silvia, perdió el sentido. Al recobrarlo púsose á dar estridentes gritos, y así continuó durante la noche y todo el dia siguiente. Pero al tercer dia le ordenó el César que tomara puesto á su lado, en un banquete, y, vistiéndose ella la túnica de color de amatista, obedeció la orden, y permaneció sentada al lado de Nerón, con el rostro petrificado bajo su hermosa cabellera de oro, muda, misteriosa, siniestra como el angel de la muerte...

PARTE OCTAVA

I

Antes de la construcción del Coliseo de Flavio, la mayor parte de los anfiteatros de Roma eran de madera, y por este motivo ardieron casi todos durante el incendio. Pero el César proveyó en seguida á la necesidad que de ellos habia para los juegos prometidos, ordenando que se construyeran varios á toda prisa, uno de los cuales, por sus vastas proporciones y su magnificencia, habia de superar á cuanto hasta entonces se habia visto en este género de construcciones. Fué edificado conforme al proyecto de los célebres arquitectos Severo y Cellere y con la madera que se obtuvo de la tala de muchos bosques seculares de las vertientes del Atlas. Trabajaban en su construcción, dia y noche, millares de artesanos.

Contábase maravillas de lo que seria este colosal anfiteatro. Decíase que abundarian en él los adornos de bronce, las incrustaciones de ámbar, de marfil y de nácar; que anchos canales abiertos en la gradería mantendrían fresca la atmósfera, aún en lo más recio del calor, con el agua casi helada que correría por ellos; que un inmenso *velario* purpúreo resguardaría á los espectadores de los rayos del sol; que, distribuidos por las gradas, colocaríanse grandes pebeteros para perfumar el ambiente con aromas orientales, y que por médio de un aparato ingeniosamente dispuesto se haria caer de tiempo en tiempo sobre los concurrentes finísima lluvia de agua aromatizada con esencias de azafrán y de verbena.

El dia en que se dió el primer espectáculo matinal, (*ludus matutinus*) enorme gentío esperaba desde el alba que las

puertas se abrieran, escuchando con cierta complacencia el rugido de los leones, el mugir ronco de las panteras y los ladridos de los perros. Hacía dos días que no se les daba de comer y al mismo tiempo se les excitaba el hambre pasando por delante de sus jaulas pedazos sanguinolentos de carne. Irritadas las fieras por este martirio daban rugidos y aullidos tan formidables, que á veces no se entendían al hablar las personas que se agrupaban en los alrededores del circo (1) y eran no pocos los que palidecían de terror. Al asomar el sol por Oriente se levantó del anfiteatro un cántico tranquilo, sonoro, vibrante. La muchedumbre al oírlo quedó estupefacta. En todos lados se gritaba:

— ¡Los cristianos!, ¡los cristianos!

Durante la noche anterior habían sido trasladados al anfiteatro gran número de ellos, sacando unos cuantos de cada cárcel, á pesar de que al principio se había pensado sacarlos todos de una. Las voces masculinas, femeninas é infantiles que cantaban el himno matutino eran tan numerosas que los duchos en la materia afirmaban que no era posible «despachar» en un sólo día á tantos cristianos, porque aún cuando se les hiciese salir á la arena por tandas de ciento ó doscientos, á la mitad de la tarea se rendirían los animales, hartos de sangre y cansados de devorar; á lo que añadían que una cantidad tan exorbitante de víctimas había de distraer necesariamente la atención, impidiendo gozar debidamente del espectáculo.

A medida que se avecinaba la hora de abrir los vomitorios iban en aumento la animación y el bullicio de la muchedumbre, la cual, con gran algazara, discutía sobre puntos relacionados con el horrendo espectáculo; por ejemplo, sobre si eran más feroces ó más hábiles en el «arte de matar» los tigres ó los leones. Algunos terminaban las disputas con apuestas. En muchos grupos se hablaba de los gladiadores que debían preceder á los cristianos conforme al programa de la función; y también eran tema de acaloradas discusiones y causa de que se formaran bandos, pues unos abogaban por los samnitas, otros defendían á los galos, estos manifestaban su preferencia por los mirmilones, aquellos por los tracios, los de más allá por los

(1) Aunque había no poca diferencia entre los anfiteatros y los circos, no solo por lo que concierne á su forma, sino también por el género de espectáculos que en ellos se daban, en este libro con frecuencia se usa indistintamente de los dos vocablos, para expresar lo que el primero significa.

reciarios. Los gladiadores habían llegado al circo temprano, en grupos, capitaneados por los maestros de esgrima ó *lanistas*. No llevaban armas para no fatigarse antes de tiempo, y muchos iban casi desnudos, coronados de flores ó con ramas verdes en las manos. Sus torsos relucientes, untados de aceites olorosos, podían compararse á bloques de granito, y sus miembros hercúleos, su grave apostura, sus facciones juveniles, en las que rebosaba la vida, eran contemplados con deleite por la plebe, á la que causaban siempre admiración la fuerza y la belleza corpórea. Como la mayor parte eran conocidos de la muchedumbre, al pasar se cambiaban saludos amistosos.

— ¡Buenos días, Furnio!

— ¡Adios, León!

— ¡La Fortuna te sea propicia, Máximo!

— ¡Salud, Diomedes!

Y desaparecían por los corredores oscuros del circo, de donde muchos habían de salir cadáveres.

Detrás de los gladiadores llegaron los *mastigóforos*, provistos de látigos. Su misión en las luchas del circo era azuzar, y, en caso necesario, hostigar á los combatientes que desfallecían ó intentaban retirarse, para obligarles á continuar la lucha. Entró luego en el *Spoliarium* (1) una larga hilera de carros tirados por mulos y llenos de ataúdes. Alborozóse la muchedumbre al verlos, calculando por el número de cajas la duración de los juegos. Tras ellos vinieron los hombres encargados de dar el golpe de gracia á los heridos. Iban disfrazados de Caronte ó de Mercurio. Llegaron después los encargados de mantener el orden en el circo, los acomodadores, los esclavos que habían de servir las viandas y los refrescos, y, por último, los pretorianos.

Abiertos casi simultáneamente todos los vomitorios, la muchedumbre se precipitó en el anfiteatro, y durante algunas horas la corriente fué tan caudalosa que parecía imposible que pudiera aquel contener tanta gente. Las hambrientas fieras, olfateando las emanaciones de la carne humana, atornaban con sus rugidos el circo, y el público se extendía de grada en grada con clamoreo que semejava el fragor de un

(1) Lugar inmediato al circo en que se despojaba á los gladiadores muertos y en que eran rematados los que quedaban sin esperanzas de vida.

mar tempestuoso. Al fin llegó el Prefecto de la Ciudad rodeado de su guardia, y tras él vinieron las literas de los senadores, de los cónsules, de los pretores, de los ediles, de los altos empleados del Palatino y del Estado, de los tribunos ó jefes de la guardia pretoriana, de las damas de alta alcurnia y de los patricios. Algunas iban precedidas de lictores con fasces; otras de esclavos. Los rayos del sol hacían brillar los adornos áureos, las piedras preciosas, las armas bruñidas, las blancas plumas, los vestidos multicolores de aquella aristocracia romana, tan opulenta como cruel y corrompida. En las gradas del anfiteatro la plebe saludaba á alguno de los grandes dignatarios, aclamándole. De cuando en cuando llegaban nuevas secciones de pretorianos. Un poco más tarde entraron los sacerdotes de todos los templos y las vestales, con la *Virgo Magna*, seguidas y precedidas también de lictores.

Para poder dar comienzo al espectáculo sólo faltaba Nerón, quien, deseoso de congraciarse todavía más con el pueblo y no queriendo abusar de su paciencia, no tardó en presentarse, acompañado de Popea y de los augustales, entre quienes se hallaban Petronio y Vinicio.

Como se había cumplido rigurosamente la consigna de no dejar entrar á nadie en la cárcel y había dejado de prestar servicio en la guardia de ésta el centurión cristiano, estaba Vinicio privado de noticias referentes á Ligia, lo que le movió á comprar á los guardias y á los empleados del anfiteatro, en primer lugar para que le avisaran el día en que aquella fuera trasladada allí, y en segundo término para que si, á pesar de su grave enfermedad, era llevada á la arena desde luego, los *bestiarios* la ocultasen en un rincón hasta la noche en que iría por ella un colono de Vinicio con objeto de transportarla á la quinta que poseía éste en los montes Albanos, cosa, aunque no exenta de peligros, muy hacedera, porque se envolvía á las víctimas con pieles de animales que las disfiguraban, y, por tanto, no podían fácilmente ser reconocidas.

Petronio, que estaba en el secreto, aconsejó al tribuno que le acompañara y que al entrar en el anfiteatro, aprovechándose de la confusión, bajara á los subterráneos á fin de cerciorarse de que no estaba allí su prometida ó de señalarla á los empleados en caso contrario, para evitar un error posible.

Los guardias hicieron pasar á Vinicio por una portezuela

reservada, y uno de ellos, Siro, le condujo á donde estaban los cristianos, mientras le decía:

— Señor, no sé si encontrarás aquí lo que buscas. Hemos preguntado por una muchacha llamada Ligia y nadie nos ha respondido. Tal vez no se fíen de nosotros.

— ¿Hay muchos cristianos?

— Muchos, señor; quedará un sobrante para mañana.

— ¿Hay enfermos?

— Enfermos que no puedan tenerse de pie, ninguno.

Al decir esto, Siro abrió la puerta, y ambos entraron en un subterráneo de vasta superficie, pero bajo de techo y muy obscuro á causa de no recibir luz sino por una enrejada abertura que daba á un corredor inmediato á la arena. Al principio no pudo Vinicio ver absolutamente nada y estuvo breves momentos mudo é inmóvil, escuchando el suave rumor de voces que se levantaba á su lado y los clamores de la muchedumbre que entraban amortiguados por el tragaluz. Pero poco á poco se fueron acostumbrando sus ojos á la obscuridad, y pronto empezó á columbrar grupos de seres que semejaban osos y lobos. Eran los cristianos que habían sido envueltos en pieles de estos animales. Muchos permanecían de pie, como petrificados; otros rezaban, postrados de hinojos. Las mujeres se distinguían de los hombres por su larga cabellera. Algunas estrechaban entre los brazos á sus tiernos hijos, también envueltos en pieles de animales feroces. Se hubiera dicho que eran lobas que acariciaban á sus cachorros. Con todo, por encima de las pieles destacábanse semblantes serenos, casi risueños, y ojos en los cuales brillaba una alegría febril. Era evidente que los primeros mártires cristianos, aquellas avanzadas de los combatientes de la Fe, estaban preparándose para la sangrienta batalla, absorbida toda su atención por un pensamiento único, exclusivo, ultraterreno, que les dejaba indiferentes á cuanto ocurría á su alrededor. Algunos, que fueron interrogados por Vinicio acerca de Ligia, le miraron como alelados, sin responder palabra; otros pusieron el índice sobre los labios; otros, en fin, le señalaron la reja de donde bajaba la luz. Acá y allá lloriqueaban niños, espantados por los rugidos de las fieras y por el extraño efecto que les producían sus propios padres cubiertos con pieles de animales.

Vinicio, andando al lado de Siro, examinaba con atención los semblantes, dirigía á [todos] lados miradas escrutadoras,

preguntaba, á veces tropezaba con los cuerpos de algunos que á causa del calor y de la sofocación se habian desvanecido, é iba avanzando siempre hacia el otro extremo del subterráneo que parecía tan vasto como el anfiteatro. De pronto oyó una voz conocida, y se detuvo como clavado en el suelo. Luego retrocedió hasta hallarse debajo de la reja, y á la luz que por ella penetraba reconoció al inexorable Crispo, el cual, envuelto en una piel de pantera, dirigía con faz adusta la palabra á los que se agrupaban á su alrededor.

—Arrepentios de vuestros pecados—les decía—porque se acerca el momento supremo de la expiación. Si alguien pensase que la muerte por sí sola le redimirá de sus culpas, sepa que con ello pecará de nuevo y será precipitado en el fuego eterno. Con cada uno de vuestros pecados renovásteis los suplicios del Salvador ¿y osáis creer que los tormentos que se os infligirán pueden ser compensación de los sufridos por Cristo? Hoy morirán de una misma muerte los justos y los pecadores; pero el Señor sabrá reconocer á los primeros. Los leones destrozará vuestros cuerpos; pero no vuestros pecados ni la responsabilidad que por ellos habéis contraído ante Dios. El Señor mostró su infinita misericordia permitiendo que le clavarán en cruz para redimiros de la esclavitud del demonio; mas ahora será para vosotros, los que pecásteis, juez inexorable, no dejando sin el condigno castigo vuestras culpas. Quien osa creer que con solo el martirio purificará su alma, yerra y blasfema además contra la Justicia Divina, y por ello será arrojado á los profundos abismos. ¡No es éste el día de la misericordia, sino el de la cólera y la venganza divinas! Dentro de breves momentos os hallaréis en presencia del inapelable Juez, y únicamente los justos seréis salvos. ¡Arrepentios de vuestros pecados! ¡Arrepentios, sí, porque las puertas del Infierno están abiertas para los impenitentes! ¡Ay de vosotros, maridos y esposas!; ¡ay de vosotros, padres é hijos!

A estas palabras respondieron voces de todos lados que decían:

—¡Sí, sí; nos arrepentimos de nuestros pecados!

A Vinicio se le heló la sangre en las venas. Había puesto su esperanza en la misericordia del Señor, y escuchaban ahora sus oídos que estaba próximo el día de la ira divina y que ni el martirio era suficiente para aplacarla. Como un relámpago le cruzó por la mente la idea de que Pedro habría hablado muy

de otra manera á los que iban á morir. Pero las terribles amenazas del fanático Crispo, la obscuridad lúgubre de la estancia, la inminencia de los martirios, la vista de las víctimas, le llenaron el corazón de angustia y de terror. El conjunto de aquel cuadro le pareció mil veces más horrible que las sangrientas batallas en que había tomado parte. A punto de desvanecerse á causa de la congoja, del espanto y del calor, bañado todo su cuerpo en sudor frío, temiendo que de un momento á otro se abriera la reja, empezó á llamar en voz alta á Ligia y á Oso, en la persuasión de que alguno que les conociese respondería.

Y, en efecto, un hombre vestido con piel de oso, tirándole de la toga, le dijo:

—Señor, han quedado en la cárcel; he sido el último en salir de allí y la he visto á ella enferma, sobre el lecho.

—¿Quién eres?—preguntó Vinicio.

—Soy el cantero en cuya cabaña te bautizó el Apóstol. Me prendieron hace tres días, y ya ves... hoy me llevan á la muerte.

El tribuno respiró. Había bajado al subterráneo con vivos deseos de encontrar á Ligia; no obstante, su contento fué tan grande al saber que no estaba allí, que dió de corazón gracias al Señor, bien seguro de que se trataba de una nueva señal de su infinita misericordia.

El cantero le tiró nuevamente de la toga y le preguntó:

—¿Te acuerdas señor de cuando te acompañé á la viña de Cornelio, donde el Apóstol predicaba?

—Sí—contestó Vinicio.

—Pues le vi más tarde, la vigilia de mi prisión, y me aseguré que vendría al anfiteatro para bendecirnos á todos. Quisiera poderle ver en el trance supremo de la muerte y contemplar como nos bendice. Moriré más tranquilo si le veo. ¿No podrías decirme tú en donde se ha colocado?

Vinicio, bajando la voz, respondió:

—Sé que ha venido con la gente de Petronio, vestido de esclavo; ignoro en que lado del anfiteatro está; pero como ahora vuelvo arriba, me enteraré. Cuando te saquen á la arena, dirige los ojos al sitio de los angustales, entre quienes me hallaré yo. Entonces me levantaré para mirar al punto en que esté Pedro. Sigue tú la dirección de mis ojos y le verás.

—¡Gracias, señor! ¡La paz sea contigo!

— ¡El Salvador te acoja en su santa gloria!

— ¡Amén!

Vinicio salió del subterráneo, subió á las gradas y tomó asiento al lado de Petronio.

— ¿Está? — preguntó éste.

— No. La han dejado en la cárcel.

— Oye: se me ha ocurrido una idea... Pero, mientras me escuchas, mira... á Nigidia, por ejemplo, con lo cual creerán que hablamos de su tocado, pues Tigelino y Quilón nos observan constantemente... Haz meter á Ligia en un ataúd y que la saquen de la cárcel por la noche como si fuese cadáver. A lo demás, proveeremos luego.

— ¡Me parece bien! — respondió Vinicio.

El diálogo fué interrumpido por Tulio Seneción, el cual, inclinándose hacia los dos interlocutores, preguntó:

— ¿Sabéis si darán armas á los cristianos?

— Lo ignoramos — contestó Petronio.

— Quisiera que se las diesen — prosiguió diciendo Tulio — porque de otra manera presto la arena quedará convertida en un matadero... Pero ¡qué bien está el anfiteatro!... ¿verdad?

Y, en efecto, era magnífico el golpe de vista que presentaba el circo. Las gradas inferiores parecían cubiertas de espesa capa de nieve; tal era la blancura de las togas que las cubrían. En el dorado *podium* (1) estaba sentado el Emperador, quien iba adornado con un collar de diamantes y corona de oro; á su lado se hallaba la Augusta, hermosísima como siempre, pero con expresión de enojo en el semblante, y en torno de los imperiales esposos se habían colocado las vestales, los magistrados, los senadores con sus magníficas togas recamadas, los altos jefes militares con sus bruñidas y relucientes corazas; en suma, cuantas personas sobresalían en Roma por el poder, la alcurnia ó la riqueza. En las gradas inmediatamente superiores se sentaban los caballeros (2) y jefes militares de categoría menos elevada, y más arriba la plebe, compacta muchedumbre semejante á un mar sombrío de cabezas humanas. De trecho en trecho veíanse mástiles de los cuales pendían guirnaldas de rosas, lirios, yedra y pámpanos.

(1) Tribuna ó palco en los teatros y circos destinado al Emperador ó á los cónsules.

(2) Era la segunda de las tres órdenes de la República Romana. Formaban como una clase intermedia entre los patricios y los plebeyos.

Los espectadores charlaban en alta voz, cantaban, gritaban, llamábanse unos á otros por sus nombres ó motes, celebraban con ruidosas carcajadas y se transmitían de una á otra fila las frases chistosas ó picantes, y muchos demostraban pateando su impaciencia por que comenzara el espectáculo. Cuando la pateadura se generalizó, llegando á adquirir por su estruendo honores de tumulto, el Prefecto de la Ciudad, que ya había dado á caballo la acostumbrada vuelta por la arena con su brillante séquito, hizo con el pañuelo la señal de costumbre para indicar que podía darse principio al espectáculo, señal que fué acogida por el público con un formidable: « ¡Aaah!... »

Ordinariamente, los espectáculos del Circo empezaban con la caza de fieras, en la que tomaban parte bárbaros del Norte y del Mediodía, fuertes é intrépidos. Pero como en aquella ocasión los animales feroces habían de llenar la parte principal del espectáculo, se empezó por una lucha de *andábatos*, ó sean gladiadores que, por llevar cubierta la cabeza y el rostro con yelmo sin visera, tenían que combatir á ciegas. Los diez ó doce que salieron á la arena empezaron haciendo molinetes con sus espadas y dando tajos y mandobles á diestro y siniestro, sin acertar á herirse, por más que los *mastigóforos*, provistos de larguísimas hocas, procuraban arrojar á unos contra los otros. Los espectadores más refinados contemplaban con indiferencia, y aun con ostensible fastidio, tal espectáculo; pero la plebe se divertía con los movimientos grotescos de los combatientes, prorrumpiendo á cada instante en estrepitosas carcajadas, especialmente cuando dos luchadores se encontraban de espaldas. Muchos hallaban gusto en desconcertarles y en desviarles del blanco, gritándoles: « ¡A la derecha!; ¡á la izquierda!; ¡no, no, de frente! » Sin embargo, no tardaron en encontrarse algunos, y corrió la sangre. Los luchadores dejaban caer los escudos, y, cogidas ambas manos izquierdas para no separarse, se acuchillaban con la derecha, hasta que uno caía muerto ó mortalmente herido. A veces el vencido levantaba el dedo para implorar clemencia. Pero el público no solía tenerla al principio del espectáculo, y exigía casi siempre la muerte de los heridos, especialmente la de los *andábatos*, pues como llevaban cubierto el rostro, eran desconocidos. Poco á poco fué disminuyendo el número de los combatientes, y cuando sólo quedaron dos, los *mastigóforos* los arrojaron el uno contra el otro con tal impetu que entrambos se atrave-

saron mutuamente con sus espadas y entrambos cayeron muertos sobre la arena. Entonces, entre los gritos de *¡Peractum est!* los esclavos llevaron los cadáveres, y unos muchachos aplanaron con rastrillos la arena, haciendo desaparecer las manchas de sangre, y la cubrieron luego con una alfombra de azafrán.

La lucha que había de seguir á la de los *andábatos* era ya cosa más seria, por la que se interesaban, no sólo el vulgo, sino también las personas de buen gusto, especialmente los jóvenes patricios que hacían apuestas en las cuales perdían á veces toda su fortuna. Pasaban de mano en mano las tablillas en que los jugadores inscribían los nombres de sus gladiadores favoritos y las cantidades que por ellos apostaban. Naturalmente, tenían mayor número de partidarios los combatientes veteranos que habían vencido en luchas anteriores; pero muchos arriesgaban su dinero apostando en favor de gladiadores noveles y absolutamente desconocidos, con el propósito de obtener ganancias enormes caso de que éstos resultaran vencedores. El mismo César hacía apuestas y le imitaban los sacerdotes, las vestales, los senadores, los militares y el pueblo. Con frecuencia plebeyos que no tenían un sextercio ó que lo habían perdido jugando, apostaban su propia libertad.

Aguardábase, pues, la aparición de los gladiadores con impaciencia febril, con emoción, no faltando espectadores que en alta voz hicieran votos á los dioses para que ganara su gladiador favorito.

De pronto hendió el aire el sonido estridente de las trompas y aplacóse el clamoreo de la muchedumbre. Todas las miradas se concentraron en una puerta, á la cual se acercó con paso grave y rítmico un hombre disfrazado de Caronte; quien en medio de sepulcral silencio, dió tres golpes á la puerta con un martillo, como para invitar á la muerte á los que se hallaban tras ella. Abriéronse luego lentamente las dos pesadas hojas, dejando ver un antro obscuro, del cual salieron á la esplendente arena, en secciones de veinticinco, los gladiadores tracios, los mirmilones, los samnitas, los galos, todos armados con pesadas corazas. Seguíanles los reciarios con la red en una mano y el tridente en la otra. Se desbordaba en aquel momento el entusiasmo: aplaudiase con frenesí; gritábase á voz en cuello; de abajo arriba, en todas las gradas, solamente se veían rostros congestionados, manos levantadas, bocas abiertas

que aullaban, patricios y plebeyos en delirio. En tanto, los gladiadores daban la vuelta á la arena con paso grave y cadencioso, con sus armas y sus corazas relucientes, hasta hallarse frente al *podium* imperial, donde se detuvieron, altivos, gallardos, serenos, espléndidos. El sonido agudo de un cuerno acalló las aclamaciones, y entonces los gladiadores, alzando la mano derecha y con la vista fija en el César, entonaron lenta y cadenciosamente el canto:

¡Ave, Cesar, imperator!
¡Morituri te salutant! (1)

Acto continuo se colocó cada sección en el lugar que tenía designado en la arena. Debían luchar todos á la vez, sección contra sección, como en una batalla; pero se concedió á los más célebres y valerosos el derecho de poder verificar combates singulares, en los cuales les había de ser más fácil hacer alarde de fuerza, de agilidad y de valor. Destacóse del grupo galo un campeón muy conocido de los asiduos concurrentes á las fiestas del Circo. Llamábase Lanio (2) y era famoso por haber salido vencedor en muchos combates. Cubierta con el yelmo la cabeza, ceñido con la coraza el robusto y hercúleo torso, resaltaba sobre la amarilla arena alfombrada de azafrán como enorme y centelleante escarabajo. Salió á su encuentro un reciario no menos famoso, llamado Calendio.

Y empezaron las apuestas.

— ¡Quinientos sextercios por el galo!

— ¡Quinientos por Calendio!

— ¡Voto á Hércules! ¡Mil!

— ¡Dos mil!

Mientras tanto, el galo, que se había colocado en el centro de la liza con la espada en guardia, retrocedió algo, é inclinando la cabeza púsose á espiar atentamente, á través de la visera, los movimientos de su adversario, al tiempo que éste, ágil, esbelto, casi desnudo, pues sólo llevaba una faja, se movía rápidamente alrededor de su pesado enemigo, agitando casi vertiginosamente la red, y ora bajando, ora subiendo el

(1) ¡Ave, César, Emperador! ¡Los que van á morir te saludan!

(2) Carnicero.

tridente, y cantando siempre el estribillo de los reciarios:

*Non te peto, pisces peto
¿Quid me fugis galle? (1)*

Pero el galo no huía: firme en su puesto, giraba de continuo sobre sus talones para tener siempre de frente al adversario. Y en verdad, el soberbio coloso, con su armadura, con aquella cabeza monstruosa, infundía miedo.

Bien se echaba de ver, por otro lado, que aquella mole humana revestida de hierro, que el imponente galo se preparaba para dar de improviso un golpe decisivo, mientras el reciario, acosándole unas veces por la espalda, otras de flanco, intentaba el asalto, moviendo con tanta celeridad el tridente; que vista humana alguna podía seguirle. Tres veces resonó el escudo del galo herido con golpe enérgico por el tridente; pero Lanio ni siquiera se movió, dando con ello prueba de increíble resistencia. Por lo demás, parecía tener toda la atención fija, no en el tridente, sino en la red, que revoloteaba por encima de su cabeza como pájaro de mal agüero.

Conteniendo el aliento, los espectadores seguían con vivo interés los hábiles movimientos de los dos intrépidos campeones. Al fin, Lanio, llegada la ocasión oportuna, se arrojó impetuosamente sobre su enemigo; pero éste, con presteza inverosímil, se agachó, esquivó el golpe, escapó por debajo de la espada que debía atravesarle, é irguiéndose nuevamente detrás del galo le lanzó la red; Lanio dió media vuelta no menos velozmente y tuvo tiempo de rechazar la red con el escudo. Los dos combatientes quedaron frente á frente, retrocediendo. En el anfiteatro resonaron estruendosas aclamaciones.

— ¡Macte! ¡macte! (2)— gritábase de todos lados, mientras en las gradas inferiores se hacían nuevas apuestas, y el César, que desde el comienzo del espectáculo había estado distraído, en animado coloquio con la *Virgo Magna*, se dignó volver los ojos hacia la arena.

Los dos gladiadores reanudaron la lucha, poniendo en ella tal arte, realizando con tanta precisión los movimientos, que hubiera podido creerse que no era aquel un combate en que

(1) No te busco á tí, busco un pez; ¿por qué me huyes galo?

(2) ¡Bien! ¡bravo!

les iba la vida, sino un simulacro para dar muestra de gallardía y destreza. El galo, después de haber rechazado otras dos veces la red, empezó á retroceder. Entonces los que habían apostado contra él, para evitar que se repusiese descansando, le compelieron con gritos á proseguir la lucha.

— ¡Animo, ánimo! ¡Dale, dale! — le decían.

Y Lanio, excitado por estas voces, atacó de nuevo al adversario hiriéndole en un brazo. La sangre manaba de la herida en abundancia; Calendio casi dejó caer la red. Entonces el galo convencido de que su enemigo desfallecía, reunió todas sus fuerzas y se lanzó contra él para darle el golpe final. Pero el reciario, que ya se había repuesto, fingiendo haber perdido el tino para manejar la red, esquivó el golpe, y dando un salto se echó á un lado, metió el tridente entre las piernas de Lanio y lo derribó.

El galo trató de levantarse, pero en vano, porque Calendio le había echado la red, en cuyas fatales mallas se enredaban más á cada momento brazos y piernas, y le hería sin compasión con el tridente.

Todavía el galo, concentrando todas sus energías, hizo un supremo esfuerzo para levantarse, para lo cual apoyó el brazo en el suelo, pero inútilmente. De pronto se llevó á la cabeza la mano, ya tan débil que no podía sostener la espada, y se dejó caer de espaldas, como muerto. Calendio puso el tridente en la garganta del vencido, y, apoyadas en él ambas manos, dirigió con aire de triunfador sus ojos al dorado *podium*. El circo retemblaba con los aplausos y los aullidos de la muchedumbre. Para los que habían apostado por Calendio era éste en aquel momento más grande que el mismo César; pero ciertamente no tenían animosidad contra Lanio, el cual, en realidad, á costa de su propia sangre les había hecho ganar. Las opiniones del pueblo andaban divididas y eran tantos los que pedían gracia como los que exigían que fuera rematado el galo; pero el reciario miraba exclusivamente al *podium* del César esperando la sentencia que se dignaran pronunciar las vestales.

Desgraciadamente para Lanio, Nerón no le tenía simpatía alguna, porque en otros juegos anteriores al incendio había apostado con Licinio contra él una suma importante y la había perdido. Por este motivo sacó la mano derecha fuera del *podium* y volvió el pulgar hacia el suelo; las vestales le imitaron, y Calendio, poniendo una rodilla sobre el pecho del ven-

cido, sacó de la cintura el cuchillo, separó un poco la armadura, y hundió hasta el puño la hoja triangular del mismo en la garganta del galo.

— ¡*Peractum est!*— gritó el público.

Lanio se agitó aún en las convulsiones de la agonía como buey degollado, removiendo la arena con los pies. Luego quedó inmóvil, rígido. Mercurio ni siquiera tuvo necesidad de hacer la prueba del hierro candente para saber si estaba muerto. En seguida el cadáver fué sacado de la vista del público.

Se verificaron otros combates singulares y tras ellos vino la lucha por grupos, en la cual tomaba el pueblo tanto interés que bien puede decirse que ponía en ella los ojos, el corazón, el alma, pues aullaba, mugía, aplaudía, silbaba, excitando á los combatientes, azuzándolos á unos contra otros. Divididos en dos bandos se atacaban cual leones, con furia salvaje. Chocaban los torsos, crugían los miembros hercúleos, enlazábanse los cuerpos con los brazos, hundíanse las espadas en los pechos y en los vientres, y corría la sangre á torrentes por la arena. Algunos, por noveles ó por cobardes, huían aterrados; mas no tardaban en acudir á su encuentro los *mastigóforos* y á latigazos les obligaban á volver á su puesto. Formábanse en la arena oscuras manchas; acá y acullá yacían amontonados confusamente los cuerpos, como gavillas en un campo. Y continuaban los vivos la lucha sobre los cadáveres, tropezando con los escudos y las corazas de que estaba llena la liza, hiriéndose piernas y pies con las espadas también por ella esparcidas, cayendo, uno tras otro, sobre los cuerpos muertos para aumentar á su vez los obstáculos de los supervivientes.

El pueblo, en el frenesí del entusiasmo, ebrio de sangre, ávido de estrago, se hartaba con vivo deleite de aquella carnicería inmundada, respirando voluptuosamente sus tibias emanaciones.

Casi todos los vencidos fueron rematados. Algunos, de hinojos y tambaleándose, tendían suplicantes las manos hacia las gradas. A los vencedores se les distribuyeron regalos, coronas, ramos de olivo.

Siguió un descanso, que por orden del omnipotente César se convirtió en festín. Quemáronse aromas en los pebeteros; los vaporizadores esparcieron finísima lluvia de esencias de azafrán y violetas; repartieronse bebidas refrigerantes, carne asa-

da, dulces, vino, aceitunas y frutas. El populacho engullía, charlaba, gritaba y aplaudía al César para estimularle á mostrarse aún más generoso.

Cuando los espectadores hubieron satisfecho el hambre y la sed, aparecieron centenares de esclavos con cestas llenas de regalos, y adolescentes vestidos de amorcillos, metiendo ambas manos en las cestas, las sacaban llenas de objetos que esparcían á granel por encima de la muchedumbre. Al distribuirse los billetes de lotería, las gradas del anfiteatro se convirtieron en campo de batalla. Allí fué el empujarse y el pisotearse; allí el lanzarse unos contra otros abrazándose, dándose de puñetazos, derribándose, amontonándose, aplastándose, asfixiándose. Verdad que quien tenía la suerte de coger un número que saliera premiado obtenía una casa con jardín, un esclavo, un riquísimo vestido ó un animal raro, que podía vender á buen precio en el mismo circo. Á veces la heroica lucha por los billetes de lotería suscitaba tales desórdenes, que exigía la intervención de los pretorianos, y generalmente, después del reparto, eran sacados muchos con las piernas ó los brazos rotos, y aun muertos algunos.

Los patricios, por supuesto, no se mezclaban para nada en esas contiendas de la chusma. Los augustales se hallaban aquel día muy entretenidos bromeando con Quilón acerca de los inútiles esfuerzos que hacía para mostrarse indiferente á los horrores de los combates de gladiadores y al derramamiento de sangre. El desdichado griego en vano arrugaba la frente, se mordía los labios y apretaba los puños hasta meterse las uñas en la palma de la mano: su naturaleza helénica y su ingénita pusilanimidad no le permitían resistir con ánimo sereno aquellas escenas. Tenía el rostro pálido, bañada en sudor frío la frente, lividos los labios; le castañeteaban los dientes, temblaba como un azogado. Al empezar el intermedio logró reponerse algo, y á las burlas contestó muy irritado, con palabras mordaces:

— ¡Hola, griego! — le dijo Vatinio, tirándole de la barba. — Parece que te impresiona desagradablemente el ver la piel agujereada.

Quilón, mostrándole los dos dientes amarillos que le quedaban en la boca, contestó:

— Como mi padre no era zapatero no pudo enseñarme á coserla.